

Sábado XIX del TO Ciclo B



17 de agosto de 2024

Ez 18, 1-10.13-30-32

Sal 50

Mt 19, 13-15

P. Eduardo Suanzes, msps

En el Evangelio vemos a Jesús de camino a Jerusalén para sufrir. Él se parará varias veces en el camino para acercarse a los humildes, los enfermos, a los que nada cuentan, y esto ante la extrañeza de la gente y de los discípulos. La seriedad de su camino hacia Jerusalén no lo separa de los pequeños; no se abstrae en una soledad dolorosa y llena de orgullo.

Para situarnos culturalmente: La familia judía tenía dos sentimientos opuestos ante los hijos. Por un lado, consideraba al niño como uno de los principales signos de la bendición divina; por eso se quería más al niño de lo que era habitual en los demás pueblos y se le rodeaba de cuidados más solícitos: se le frotaba con sal y se le fajaba al nacer; era circuncidado al octavo día, si era varón; «rescatado» del servicio del templo el día trigésimo, si era primogénito; amamantado por la madre hasta los tres; hacia los cuatro años se le ponía el hábito de franjas adornado con borlas; un año después se le confiaba a su padre para que le enseñara a leer en los Libros Sagrados; luego, a los maestros adecuados, en grupos de veinticinco; a los doce años era «presentado», es decir, introducido en la comunidad religiosa y, revestido de filacterias, era llamado el sábado siguiente para hacer la lectura de la Ley ante la asamblea.

Pero, por otra parte, entre los judíos como en los demás pueblos de entonces, el niño era un individuo insignificante en la vida social: no tenía voz en las reuniones; su misión esencial consistía en escuchar y aprender. A este aspecto de la condición infantil se refiere la mayor parte de los textos evangélicos sobre los niños¹. Aquí, por ejemplo, los discípulos se irritan al ver que los niños detienen al Maestro en el momento en que se dispone a subir a Jerusalén para sufrir allí (o para reinar, según sus expectativas). Una de las primeras cosas que se enseñaba a los niños era a saludar con deferencia a los maestros o rabinos. Mientras el saludo ordinario era «*¡la paz contigo!*», el saludo a los maestros era «*la paz contigo, mi profesor y mi maestro*». Esta dependencia total del niño y su respeto profundo hacia los maestros es lo que está debajo del texto del evangelio de hoy

Era frecuente presentar niños pequeños a los escribas o a otros personajes semejantes para que los bendijeran. El rechazo violento de los discípulos no está dictado por la envidia ni por un movimiento pasajero de impaciencia, sino por una incomprensión fundamental del ministerio de Jesús, que es lo que se indica en el relato. El texto de la liturgia dice que «los discípulos regañaron a la gente»; pero esto no es lo que dice el original en griego. Lo que se dice en griego es que «*los discípulos les reprendieron*», refiriéndose a los niños.

¹ Cfr. PIERRE BONNARD. *Evangelio según San Mateo*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1975

Que los discípulos «riñan» a los niños significa que no quieren a los niños, pero también que no quieren ser como ellos, no quieren ser niños-pequeños-últimos. El enfado de Jesús es una muestra «plástica» de la barbaridad de la acción de los discípulos si se tiene en cuenta la enseñanza inmediatamente anterior². Con su gesto, esos discípulos que dicen buscar y hacer la voluntad de Dios están regañando-rechazando a Dios (con quien Jesús acaba de identificar a los niños). La supuesta fe religiosa de los discípulos se ha quedado en palabras o ideas y no ha trascendido a la experiencia vital. Así ocurre tantas veces, como cuando hay que comprometerse, rebajarse, donarse o hacerse servidor, y esos contenidos de la fe religiosa que se dicen profesar se olvidan de repente, y lo que prima es el interés del ego propio. A esto se le puede llamar «inconsecuencia» (o no ser consecuentes) y es lo contrario a la «autenticidad». La historia del cristianismo está llena de inconsecuencias, pues siempre los contenidos han estado claros (el amor, el servicio solidario, la negación de sí, la renuncia al rango, etc.), pero las acciones, algunas veces hechas «en nombre de Dios», han contradicho flagrantemente esos contenidos. Y eso tanto en el nivel social como en el personal, tanto en el nivel público como en el privado. Afortunadamente, también el cristianismo está lleno de «consecuencia», es decir, de creyentes que han mantenido vivos los contenidos en su experiencia vital y no los han arrojado al desván de la mente, sino que los han vivido en el amor, el servicio y la solicitud cotidianos. Por desgracia esto tan bello se da más en el ámbito de vidas concretas que en el macromundo de las sociedades, por muy «cristianas» que se autotitulen.

En efecto, Jesús no sólo se detiene y reprende a los discípulos, sino que hace de su gesto una enseñanza sobre los que se parecen a los niños en general, y no a estos niños concretos que le son presentados. Lo que dice Jesús es desconcertante para los oyentes. Porque no es sólo una invitación a hacerse como niños, sino una declaración y una verdadera promesa hechas a todos los que son tales: el reino es de ellos; es como un recuerdo las Bienaventuranzas.

Jesús habla claro y concluye: *«porque de los que son como ellos es el Reino de los cielos»*. Esto significa que quien no reciba el reino como niño no entrará en él. Esto significa que sólo quien se ha abierto para acoger en sí a los pequeños y a la pequeñez podrá acceder a ese estadio vital de plenitud que es el amor que Dios es y que todos somos (o deberíamos ser). Porque el amor es una fuerza plenificante que, paradójicamente, sólo puede darse-gustarse desde el anonadamiento, desde la donación incondicional de sí, desde la inferioridad de quien ve al otro como más importante que uno mismo. Los protagonistas del reino, de ese vivir en plenitud la vida, son, pues, todos los «don nadie» que simbolizan aquí los niños. Por tanto, en el Reino de Dios, en la familia de Jesús, rango igual a cero. Así de contundente es este pasaje.

² ...y la enseñanza inmediatamente anterior había sido: *«los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron — ¿Quién es el más grande en el remo de Dios? Él llamó a un niño, lo colocó en medio de ellos y dijo: —Os aseguro que si no os convertís y os hacéis como los niños, no entrareis en el reino de Dios. Quien se humille como este niño, es el más grande en el reino de Dios. Y el que acoja a uno de estos niños en atención a mí, a mí me acoge.»* (Mt 18, 1-5)